

Un aspecto parcial
de la glorieta. (Foto
Sánchez Montañés.)



Bien es verdad que los chicos teníamos un miedo enorme al guardián y jardinero. Marcelino, con aquel talante de verdadero guarda y, sobre todo, con su desdichado apéndice nasal, menguado por no sé qué enfermedad, dándole al rostro una fealdad característica, era para nosotros nada menos que el «Bú».

Pero un triste día, a Marcelino se le acabó la vida. Y aquí comenzó el epílogo de la Glorieta.

¿Quién iba ahora a cuidar las flores, a regar los pinos, a recortar, con aquel artificio de gran jardinero, los pequeños arbustos que crecían en las regueras? ¿Quién iba a restaurar cada año, al llegar la temporada de primavera y verano, los deterioros que el invierno había causado en el pintado atuendo de *Lorencete*? ¿Quién, en fin, iba a renovar la vara de mando en las manos de la simpática estatuilla y a cuidar a los pajarillos con migas de pan todos los días y con granos de alpiste en las fechas festivas?... Murió Marcelino y... ¡adiós, Glorieta!

* * *

Un día de la primavera siguiente a la muerte de Marcelino se abrieron nuevamente las puertas de la Glorieta. Ahora había otro guardián.

Volvimos los muchachos a poblar el cada vez más insuficiente recinto. Pero, ¡triste paradoja!, echábamos de menos la presencia de Marcelino. Nuestra infantil felicidad se truncaba por ensalmo ante la ausencia del popular jardinero y, aunque decirlo resulte gracioso, la verdad es que hubiéramos preferido la vuelta a los días en que Marcelino nos perseguía incansable entre la arboleda para regalarnos sus «suculentos capirotos» con aquellas manzanas tan grandes.

Presentíamos en nuestro interior que nos hallábamos en las postrimerías de la época esplendorosa de nuestra Glorieta. Muchas veces, *Lorencete* venía a suplir la ausencia de su inseparable jardinero, infundiéndonos como un cariñoso respeto. Pero en una ocasión, unos traviesos rapaces, burlando la vigilancia del nuevo guardián, asaltaron la barandilla de hierro que circundaba la fuente, treparon sobre aquella y arrebataron a *Lorencete* su vara de mando. La popular estatua acabó por perder su autoridad. Todo, pues, siguió de mal en peor. Los muchachos perdieron su habitual costumbre de visitar la Glorieta y, claro está, los ancianos, que encontraban a partir de entonces demasiado solitario aquel lugar, tomaron también las de Villadiego.